

Marco Negrón

Ciudades improductivas

Una visión obsoleta de las ciudades pero que aún se mantiene viva, califica de improductivas a aquellas donde la actividad predominante no sea la fabril o, más en general, la producción bienes materiales. Sus raíces probablemente habría que buscarlas en la fisiocracia, la escuela económica del siglo XVIII para la cual la tierra (es decir, las actividades agrícolas y pecuarias) era la única fuente de riqueza.

Se entiende que para semejante visión esas ciudades son necesariamente parasitarias, viven de otras, de las ciudades industriales y de la producción del campo, sin retribuir nada a cambio. En consecuencia suele propugnarse la conveniencia de su eliminación, pero como esto no es tan fácil porque en muchos casos ellas han llegado a ser muy grandes, lo que finalmente se propone es frenar tanto como sea posible su crecimiento y crear polos alternativos centrados en la producción de bienes materiales.

En Venezuela esa incompreensión del fenómeno urbano llevó a cometer graves errores de política en el pasado democrático, expresados en acciones dirigidas a mezquinar los recursos para las ciudades tradicionales y crear estímulos para el desarrollo de polos alternativos. Si se exceptúa el caso del todo extraordinario de Ciudad Guayana, el resultado fue que ni estos aparecieron ni el crecimiento demográfico de las primeras se detuvo pero transcurrió en condiciones de creciente deterioro del medio urbano. Con el Socialismo del siglo XXI la cuestión alcanza proporciones homéricas: se comenzó hacia el año 2000 con el llamado Plan SARAQ, que debía conducir a la formación de una red de agrópolis cooperativas que en breve tiempo permitirían alcanzar la soberanía agroalimentaria (i), pero pronto este resultó pequeño para la megalomanía narcisista y empezó a hablarse de fantásticas ciudades del Acero, el Aluminio o el Diamante, algunas con poblaciones superiores al millón de habitantes. Tanto las primeras como las segundas son hoy ruinas prematuras mientras que, abandonadas y hostilizadas, las ciudades tradicionales se hunden cada vez más en el atraso.

Pero el hecho de que no produzca bienes materiales (aparentemente) no significa que una ciudad sea improductiva; antes por el contrario, el producto por excelencia de la ciudad del mundo posindustrial de hoy es el conocimiento y los servicios (y, por supuesto, la misma ciudad, ¿o es que la ciudad misma no es un bien material?). Lo que no impide que conviva con ciudades industriales, pero conviene que estas sean de un nuevo tipo, suficientemente diversificadas en su base económica: vale la pena reflexionar en torno a la decadencia de Detroit en la segunda mitad del siglo XX frente al florecimiento de New York o la exitosa reconversión de Bilbao, otrora el gran centro industrial español.

marco.negron@gmail.com